

## **El Faraón Betito**

*James A. Dettleff*

Luego de un lustro de prolífica producción de miniseries biográficas de cantantes populares (desde “La lucha por un sueño” en el 2005), nuestra televisión parecía haber detenido su interés por este tipo de historias, retornando más bien a la realización de formatos de ficción de más largo aliento, colocando en nuestras pantallas telenovelas nacionales que luchaban por el rating con bastante éxito. Pero pareciera que el 2012 América Televisión decidió retomar las mini series biográficas de cantantes populares, y para ello recurrió a su rey Midas casero (Efraín Aguilar) quien ya había probado el sub-género en “Nacida para triunfar”, en el año 2008.

Con gran olfato, América apostó por la historia de quien fue considerada la mejor artista del 2011 y se animó a colocar la miniserie en el mismo horario de Magaly Medina. La competencia fue desigual, y sin mucho esfuerzo fue dejando atrás a MagalyTV, quien bajó varios puestos en el rating aplastada por el arrastre de televidentes que se consolidaron en América.

“La Faraona” ha probado algunos de los recursos que las demás miniseries biográficas han utilizado (historia desde la niñez de la artista, sus fracasos iniciales, sus problemas, los desengaños que debe sufrir, etc. todos mezclados con una historia en tiempo más actual), pero también ha querido dejar una marca algo más personal, como el hecho de demorar la presencia de la verdadera artista en pantalla -y tenerla por poco tiempo también- o entremezclar la vida de la artista con alguna historia que represente alguna de las canciones populares de Marisol.

La serie tiene el innegable sello de “Betito” Aguilar, lo cual para nada garantiza calidad en actuación, guiones o producción, pero sí logra un empate con el público que garantiza audiencia, auspicios, y ante los resultados ya se piensa una segunda parte de la miniserie (aunque habrá que esperar hasta el año 2014 para verla). Esta segunda entrega -anunciaron- sí sería protagonizada por la propia Marisol Ramírez, quien al parecer se ha sentido desventaja al permitir que otra cantante sea quien la interprete en la ficción, y gane contratos y popularidad a costa suya.

De cualquier manera, la serie ha sido altamente exitosa logrado 25 puntos de audiencia en algunos de sus capítulos, a pesar de la poca presencia de la cantante en la serie, cosa que en otras miniseries de este estilo era bastante común.

Puede parecer difícil desde ciertos sectores entender el apego que algunos productos pueden tener en el público. Observando “La Faraona” uno podría preguntarse aún más qué es lo que hace que tenga tantos seguidores. La mayoría de capítulos tiene muy poca densidad dramática, y uno podría sentir que muy poco está sucediendo en cada hora televisiva. Las situaciones tienden a ser repetitivas y la historia avanza

lentamente, en base a una narración de hechos que no terminan de construirse dramáticamente, con personajes que no desarrollan procesos, con evidentes y constantes inconsistencias en el relato, con algunas escenografías que recuerdan a la austeridad de programas de los años ochenta, y con finales de capítulo donde hay muy poco de técnica de enganche para el día siguiente -lo que seguramente hizo aún más fácil el trabajo de replantear la emisión de capítulos, repitiendo escenas del día anterior para alargar su estadía en el aire.

Las historias paralelas que grafican las canciones también han sido desiguales. La primera, protagonizada por Sandro Monzante, estuvo en absoluta clave de farsa y lograba en la comedia, en el planteamiento sobreactuado, en lo obvio de las situaciones -y en la constante presencia del tema musical- un interés que dramáticamente era superior a la historia central. La siguiente historia, por el contrario, resultó más larga, con situaciones repetitivas, con personajes que no se desarrollaban y carecían de motivación para sus actos, y fueron más bien un paralelo en igual tono que la historia central, eliminando así el respiro que podría resultar para el relato. La tercera historia resultó aún más chata e incongruente, con un personaje principal completamente anticarismático, pero que luego de varios capítulos introdujo un nuevo elemento de misterio que algo levantó la trama (lo cual parece ser una constante en la serie: la demora en introducir algo que mueva el relato). Es decir, luego de la fresca farsa protagonizada por Monzante, el relato se movía con poco interés narrativo, sin ritmo, sin puntos dramáticos profundos.

Pero la empatía con el público parece provenir desde diversos ángulos, que parecen allanar cualquier cuestionamiento que hemos descrito. Para empezar, es una figura popular, y las mini series biográficas nacionales se apoyan principalmente en eso: el personaje tiene un arrastre en sí mismo, y existe una necesidad o al menos un interés por conocer su historia, por sentir que entramos en su intimidad, que aprenderemos algo más de esa persona gracias a este relato. Esta condición no es única en nuestra televisión ni en nuestro país. Basta revisar la innumerable producción mundial de mini-series, telefilms y películas "basados en un hecho real" o "la vida de..." que siempre apelan a esto.

Por otro lado no podemos negar el tema del arrastre. Desde "Esto es guerra", pasando por "Al fondo hay sitio" hasta el "América noticias edición central", hay un grupo que sigue a América Televisión con cierta constancia. No necesariamente el mismo grupo al 100%, pero sí es un hecho que mucha de la teleaudiencia que acopla "Al fondo hay sitio" se mantiene en el canal para ver "La Faraona".

América Televisión ha capitalizado además un horario que casi ha sido abandonado por otros canales que podían hacer competencia. Luego de la audiencia lograda con "La Tyson" Frecuencia Latina arrió sus banderas y ha relegado el espacio de las 9 de la noche a antiguas películas cortadas para que duren varios días. Panamericana hace tiempo anda a la deriva y sus nuevos espacios ("Infieles" y "Mil maneras de morir") tampoco son capaces de dar batalla. ATV mantiene el programa con más fuerza de la competencia, pero quien ha perdido mayor audiencia en estas semanas en el horario ha sido justamente Magaly Medina (apenas superando los 10 puntos), y solo el partido por las eliminatorias (40 puntos de rating) pudo recuperar audiencia para ATV. Y las antenas de TV Perú, RBC y Global TV son aún más frías que las de Panamericana.

De esta forma, "La Faraona" resulta para muchos la mejor oferta en ese horario.

Además, la propia historia de Marisol Ramírez (como es presentada en la pantalla) tiene una serie de elementos que siempre han apelado al público: es un personaje que debe luchar constantemente para lograr el éxito, sobreponerse a los fracasos o intrigas, para hacer que sus sueños se hagan realidad. No olvidemos que no es gratuito que la mini serie de Dina Páucar justamente se presentaba con este nombre ("La lucha por un sueño"). Marisol sufre los engaños, las envidias, las maldades de personajes maniqueamente malvados, y casi cada capítulo cuando parece que ya ha logrado algo, lo perderá, sufrirá, y deberá mostrar coraje, tenacidad, constancia para empezar de nuevo, seguir luchando. Pero la audiencia conoce el final de la historia, pues sabe que el personaje se volverá famoso y que finalmente triunfará. Y entonces cada situación es solo un recordatorio de que a pesar de lo mala que parezca la vida, de los problemas que se nos presenten (y además en el caso específico de "La Faraona" no importa lo canallas y engañadores que sean los hombres) siempre hay una esperanza de que la oportunidad llegará, y que se logrará lo que se quiere, y que hay que seguir peleando y no rendirse hasta que ese momento llegue.

En ese sentido podríamos decir que la serie hasta resulta ser positiva, que ante la realidad y el mundo que nos presentan los informativos televisivos puede resultar un respiro y tener un valor esperanzador. Y consideramos que en ese nivel, es bueno que también existan estas corrientes que valoren ciertos aspectos del ser humano, y que proyecten una mirada a la vida que se aprecie distinta. Sin embargo algo que no podemos dejar de comentar es la desazón que produce ver el tipo de realización que lleva adelante esta propuesta. El "sello Betito" del que hablamos líneas arriba está marcado por lo que parecería ser la ley del menor esfuerzo, por la necesidad de diluir cualquier densidad de la historia, cualquier complicación en las características de los personajes, por achatar cualquier narración y por el temor a enredarse en algo más enriquecedor. Por momentos puede creerse que la frase detrás de la producción es "si está funcionando no lo toques; si está bien para qué necesitamos hacerlo mejor" (equiparando la idea de bien con rating, simplemente). Y con ese ánimo lo que se hace es desmerecer la propia vida de la cantante, que parece no tener matices ni contradicciones, de quien pareciera no poder decirse nada realmente importante, más allá de los tumbos ocasionales de la suerte y de algunos muy malvados personajes. No parece valer la pena ahondar más, adentrarnos más en su espíritu luchador, en su personalidad. Todo resulta epidérmico, expositivo, sin interiorizar nada, sin procesos que nos acerquen realmente a algo similar a la propia vida. Y nos encontramos nuevamente ante una oportunidad perdida de contar con productos valiosos, que logren superar ciertas barreras geográficas y temporales y lo coloquen en la historia de la televisión nacional más allá de una anécdota y picos de audiencia.

Por estos motivos, y por algunos otros más formales -como las pobres escenografías que de vez en cuando aparecen, recordándonos a algunos programas cómicos nacionales- no podemos dejar de preguntarnos si para eso es que nuestra televisión nacional quiere contar con Alta Definición, si los contenidos y realización no van de la mano del salto tecnológico.